

Nueva Sociedad Nro. 146 Noviembre-Diciembre 1996, 48-56

# Herejes y alquimistas. Grupos radicalizados en la Argentina

Jorge Lofredo

**Jorge Lofredo:** Licenciado en Ciencia Política (Universidad de Buenos Aires); investigador independiente.

**Palabras clave:** extrema izquierda, violencia, marginalidad, neoliberalismo, Argentina.

**Resumen:**

Hay un proceso de radicalización en las manifestaciones sociales que se puede distinguir, aproximadamente, desde 1989; pero a partir de la reelección del presidente Menem, en mayo de 1995, se agudiza al margen de la aparición de los grupos más violentos. Que esta radicalización pueda derivar en revueltas es independiente del presunto potencial revolucionario de estos grupos: su relevancia dentro de las convulsiones es escasa o de hecho nula, y les queda reservado, únicamente, el papel de acompañar y apoyar todo tipo de manifestación.

El presente trabajo tiene como objeto descubrir el pensamiento de los grupos de *extrema izquierda* argentinos en el periodo 1989-1996. La elección de la fecha no es casual. El 23 de enero de 1989, el Movimiento Todos por la Patria (MTP) intentó el copamiento al Regimiento de Infantería Mecanizada 3 de La Tablada, en el Gran Buenos Aires. Más allá del fracaso y las consecuencias de la acción, queda por sumergirse en la visión y el pensamiento que estos grupos tienen de la sociedad en la cual, consideran, existe un potencial revolucionario oculto que ellos están destinados a descubrir y encabezar. Hasta qué punto esta perspectiva se condice o confronta con la realidad es el interrogante que se plantea en las siguientes líneas.

Los *herejes y alquimistas* son aquellos quienes, creyéndose iluminados, piensan que todo pueden transformarlo en favor de la *revolución*, entendida como un hecho sublime e incorruptible, y se compenetran con la permanente necesidad de arribar al absoluto distinto, que no es otra cosa que su propia y excluyente verdad.

## Características generales

Los grupos extremistas aquí tratados se distinguen por su nulo peso electoral, su incesante prédica antisistema y por un rígido disciplinamiento jerárquico. A la vez, son muy activos e ideologizados, con una fuerte capacidad de movilización interna y altamente demostrativos. La propaganda de sus acciones, primordial para ellos ya que no la obtienen por otros medios, magnifica su inserción en la sociedad. En el mismo sentido, buscan socavar la

legitimidad del régimen y sus instituciones. Acciones espectaculares y crítica permanente son los canales que transitan con mayor comodidad.

Esta oposición antisistema influye en el sistema democrático sólo en la medida en que su discurso se torne viable para las mayorías; pero no están exentos de provocar crisis políticas y sociales con sus pequeñas acciones. Los levantamientos *carapintada*<sup>1</sup> y el copamiento de La Tablada dan cuenta de ello. En este mismo sentido, su oposición no se dirige únicamente contra el gobierno sino contra el sistema en su conjunto: su abierto rechazo al modo de producción capitalista, a la democracia liberal, al funcionamiento del sistema de partidos tal como hoy está planteado en la Argentina y a las instituciones, que los convierte en el extremo opuesto del actual funcionamiento social y político cotidiano.

Por lo general, todo partido *ultra* es incapaz de convivir con otras agrupaciones, aunque su tendencia al rechazo sistemático de otras posiciones implique altos costos políticos y, en muchas ocasiones, autoaislamiento. Su lógica se basa en la exclusión recíproca, se trata de una visión maniquea que no admite posibles reformas. En este sentido, la dinámica se reproduce al descalificar el «sistema» en el que están inmersos y del que pretenden «estar fuera»: cuando intervienen en instancias electorales obtienen magros resultados. Se plantean una disyuntiva sencilla: todo o nada. En esta misma perspectiva, el capitalismo no es admisible ni aun en su variante socialdemócrata. También está presente una lógica excluyente que se explica a partir de las distintas fracturas que suelen producirse en su seno. Así, el lenguaje blindado y la actividad política a ultranza que llevan adelante implican posturas irreconciliables tanto con las otras agrupaciones como con las fracciones disidentes. En este aspecto, no habrá confluencia posible: los primeros son enemigos, los segundos traidores.

A raíz de la pérdida de credibilidad de los partidos políticos como canales de expresión y demanda de las necesidades sociales, el aumento de la informalidad política demuestra que nuevas prácticas ganan espacio tanto por dentro como por fuera de los mecanismos y estructuras tradicionales. La intervención política a través de acciones alternativas –desde una mayor intransigencia de los reclamos hasta una mayor radicalización de los conflictos– subraya la imposibilidad de acceder a través de formas tradicionales a la satisfacción de las demandas. Esto no sólo implica «situarse al margen», sino también tomar estas modalidades –intransigencia y radicalización– como una opción viable. No estamos frente a una situación de anomia, que implicaría una falla en el desarrollo del sistema como totalidad, sino que es un proceso de desajuste producto de los grandes cambios en la sociedad argentina de los últimos años.

---

<sup>1</sup> Los *carapintadas* son un sector del Ejército que, disconforme con la conducción del mismo, utilizó la táctica del autoacuartelamiento en diversas oportunidades. Puede considerarse a sus miembros como ultranacionalistas, pero en definitiva tienen relación con sectores cívico-militares de la ultraderecha argentina. Si bien es cierto que entre sus planteos explícitos nunca se invocó un golpe de Estado, se los consideró una amenaza real para la incipiente democracia argentina, ya que varios de sus integrantes participaron en la «guerra sucia». En sus

Es importante señalar que estos grupos no se plantean la necesidad de cristalizar un proyecto ideológico puro y original; se trata de potenciar pequeñas unidades amparadas tras grandes símbolos y movimientos políticos<sup>2</sup>, lo que les ofrece una mayor cobertura. Y también en sentido contrario: el propio MTP convocaba a disidentes de otros partidos para converger en una nueva estructura política.

Es por esto que las referencias ideológicas sucumben frente a la tentación del «combate callejero», aunque luego se conviertan en un punto de inflexión y ruptura. Así, las distintas agrupaciones tienden a dividirse en infinitas fracciones, y no es extraño que a su vez se unan a otras o a minúsculos grupos. Como ejemplos podemos tomar la Brigada Che Guevara, la Tendencia Revolucionaria y el Frente de Resistencia Popular<sup>3</sup>. También son comunes los cambios de nombre, como es el caso de Organización Revolucionaria de los Trabajadores, que en menos de un año se transformó en la hoy conocida Organización Revolucionaria del Pueblo (ORP), quizá por la incorporación de sectores populistas provenientes del maoísmo<sup>4</sup>. Hay asimismo pequeños grupos que con otras siglas pertenecen o comulgan con la ideología o el accionar de grupos mayores. Sólo en menor medida sus confluencias remiten a cuestiones ideológicas; lo que aporta un paisaje heterogéneo. Abrazan el marxismo y otras corrientes ideológicas cercanas como leninismo, maoísmo, trotskismo; hay quienes provienen de la «nueva izquierda» (la generación del mayo francés y de las revoluciones Cubana y Sandinista); hay otros identificados esencialmente con el anarquismo, castrismo y guevarismo; y también nacionalistas revolucionarios, a diferencia de los anteriores que generalmente se identifican con ideas más latinoamericanistas, proclives a un pensamiento más «nacional» que, sin abjurar de otras ideologías, se acercan al peronismo combativo y otros movimientos populistas. Pero la delimitación entre una ideología y otra muchas veces es una línea demasiado sutil.

### El MTP: un antecedente necesario

El MTP nació en 1986, aunque dos años antes ya había editado el primer número del periódico *Entre Todos los que queremos la liberación*, con la perspectiva de crear un nuevo espacio democrático. Concentró su trabajo en villas y fábricas, próximo a posiciones moderadas, tendencia que le valió críticas desde la misma izquierda. Su convocatoria era amplia y estaba dirigida hacia radicales, peronistas, socialistas, comunistas y otros que estuvieran disconformes con la conducción de sus partidos. La estrategia de convocatoria apuntaba a sumar una amplia base de acción política en materia de derechos humanos, sociales, sindicales, e incluso manifestarse electoralmente. Entonces nada permitía prever una acción armada como la de enero de 1989. El MTP aspiró, en un principio, a crear un movimiento político de masas y un reducido grupo armado.

---

<sup>2</sup> R. Graña y J. Spina: «¿Qué es la Brigada Che Guevara?» en *El Porteño* N° 108, 1990, pp.5-6.

<sup>3</sup> «Unos pocos elementos 'residuales'» en *La Nación*, 8/11/90, p. 22.

<sup>4</sup>

Luego de los sucesos de Semana Santa de 1987, cuando se produce el primer levantamiento de los carapintadas, el MTP crece en número pero también ingresa en una crisis. Bajo la consigna *democracia o dictadura*, se instala en su seno la percepción de que la sociedad argentina está frente al preludio de un nuevo golpe de Estado, ante lo cual es necesario armarse para resistir. Cabe aclarar que los militantes de base de MTP no estaban de acuerdo con tomar las armas (la lucha debía darse en el campo político): sólo la dirección del movimiento –luego de la ruptura de un número importante de dirigentes– sustentó la idea. Con este cambio en la conducción se transforma la cúpula del movimiento en un *Núcleo de acero*<sup>5</sup>, y es cuando –una vez que Gorriarán Merlo asume la dirección– comienza a el pasaje entre una organización democrática en su interior a otra donde prevalece la jerarquía. El reemplazo de la actividad política por la militar pone de manifiesto la impotencia del movimiento para lograr trascendencia por medios legales.

Con diferente vocación a las de los otros grupos, el MTP apuntó hacia «una acción movimientista» y reivindicadora del «histórico Movimiento Nacional» (en alusión al primer peronismo y al Cordobazo –levantamiento obrero-estudiantil de 1969–), buscando rescatar el protagonismo del «campo popular». Para esta convocatoria fue central la conjunción de distintas ideologías políticas provenientes de diversos sectores sociales; como así también el claro respaldo a una democracia participativa que naciera «del más amplio ejercicio de la voluntad popular en el seno mismo de las organizaciones sectoriales». Pero al producirse el alzamiento de Semana Santa y la posterior Ley de Obediencia Debida, desde *Entre Todos* se despliega una perspectiva contraria, que marca un punto de fractura respecto de la línea política previa –iniciativa popular, trabajo barrial y fabril, construcción de un ámbito democrático y popular, relevancia de la cuestión de los derechos humanos, etc. La publicación realiza una crítica frontal de las negociaciones entre los rebeldes acuartelados y el presidente Alfonsín, cuya conducta fue considerada como contraria al interés popular –negociar a espaldas del pueblo «sólo abre el camino a la soberbia militar», sin satisfacer tampoco «los objetivos de máxima de los militares»<sup>6</sup>. Los carapintadas buscaron el reemplazo de la cúpula del Ejército, la reivindicación política de la «guerra sucia», que los cuadros inferiores no fueran juzgados por su participación en ella, la amnistía total y, por último, «el deterioro del régimen democrático para obtener el poder político mediante un golpe de Estado», con un programa «disfrazado de nacionalismo» y autoerigiéndose en «salvadores de la Patria». Estos sucesos dan comienzo, en la visión del MTP, a una nueva etapa de restricción democrática, tendencia que puede revertirse con la movilización popular y la unidad de los dirigentes comprometidos con los ideales democráticos. Siempre según el MTP, un sector del Ejército buscaba «fabricar una 'guerrilla' que justifique sus acciones»; consecuentemente, cualquier intervención política de los militares implicaba un retroceso y una amenaza a la libertad. Sólo quedaba la organización popular «para defender la democracia y luchar por la justicia social»<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, pp. 76-84; H. Verbitsky: «Jugar con fuego» en *Página/12*, 29/1/89, pp. 4-5.

<sup>6</sup> C.A Burgos: «El pueblo movilizado no votó la impunidad» en *Entre Todos* N° 27, 1987, p. 2.

<sup>7</sup>

Con anterioridad, al producirse el levantamiento del regimiento de Villa Martelli, desde las afueras del cuartel varios militantes del MTP participaron de los hostigamientos hacia los sublevados. Así, el copamiento de La Tablada resultó el corolario de la radicalización de un sector del grupo orientado intelectualmente por Gorriarán Merlo, pero gracias a que los alzamientos carapintados reinstalaron la percepción de que se ponía en riesgo la incipiente democracia –disyuntiva a la que el gobierno radical, por su parte, reconocía que se enfrentaba–. Más allá del liderazgo efectivo que haya ejercido Gorriarán, hay que sumar la crisis económica de los últimos tiempos del gobierno de Alfonsín, el clima preelectoral del verano de 1989, y el capítulo no cerrado de la «guerra sucia». Pero la crisis manifiesta de la identidad castrense (el sector carapintado es producto de ésta) logró cauterizarse luego del ataque al cuartel de La Tablada. Las acciones emprendidas por el MTP resultaron, entonces, la «única instancia unificadora»<sup>8</sup> –la vuelta de la subversión–, entre los militares.

### De La Tablada a mayo de 1995

En 1983, con la unificación de Vanguardia Comunista y el Partido Comunista Argentino (marxista-leninista), se fundó el Partido de la Liberación (PL), que aglutinó el tronco maoísta de la izquierda argentina. Ese año llamaron a votar por la fórmula justicialista; en 1985 integraron la alianza Frente del Pueblo (junto con el Partido Comunista y el Movimiento al Socialismo); y en 1987, al disolverse esta alianza, optaron por la abstención. Para las elecciones de 1989, y luego de un infructuoso intento de acuerdo con el Partido Obrero, deciden ir por separado. Su fórmula presidencial fue Mario Geller-Elisa Delboy, viuda de Rogelio Rodríguez, militante comunista muerto en las afueras del cuartel de Villa Martelli, en ocasión de la Operación Virgen del Valle, encabezada por el coronel Seineldín. En los *spots* publicitarios gratuitos, espacios cedidos a los partidos políticos, se podía apreciar la imagen de Geller, con los retratos del Che Guevara, Khomeini y una estrella roja como fondo, incitando a la resistencia popular aludiendo, con imágenes, a la rendición e inmediato fusilamiento de los miembros del MTP en La Tablada; Geller desmentía las afirmaciones del presidente Alfonsín, según quien el copamiento había finalizado «sin derramamiento de sangre». Geller concluía: «Para el Gobierno esas muertes ni siquiera existieron».

Al año siguiente, el PL sufre una escisión encabezada por el propio Geller –el punto de divergencia fue el recurso a la lucha armada–, que se denominó Partido de la Liberación Marxista-Leninista (PL m-l), y del cual surge uno de los nutrientes de la Brigada. En ésta también confluyen los sectores más radicalizados del PC con antiguos integrantes de movimientos guerrilleros (Ejército Revolucionario del Pueblo y Montoneros); pero el factor aglutinante no es la convergencia ideológica sino la «entrada en acción» (entiéndase acciones armadas), en el momento apropiado. El nivel de la lucha y el grado de conciencia política pasa a un segundo plano. Con esta misma lógica, el discurso de la Brigada se basa en la crítica explícita a los partidos políticos y a las instituciones, reivindicando a los marginales como nuevo sujeto

revolucionario, «aquellos a los que el ajuste o bien echó del empleo o bien nunca sumará siquiera a la producción»<sup>9</sup>.

Los brigadistas consideraban que en el conurbano bonaerense la mayoría de la gente poseía un arma en la casa, y en tanto el ajuste y la exclusión se profundizaran, la ira de los marginados tomaría las calles y se manifestaría a tiros; y cuando la pueblada se produjera, la propia Brigada se erigiría como vanguardia. Pero el grupo no sólo pensaba en puebladas: varios asaltos, la colocación de un par de artefactos explosivos, reparto de alimentos en zonas carenciadas y, tal vez el hecho más resonante: en apariencias por carecer de estructura operativa para intentar algo mayor, el asalto a una escuela del barrio de Barracas –donde fallecieron una niña de 6 años, por una bala perdida, y el militante del PL Miguel Angel Bonomi.

Por su parte, el MTP también confió en una «espontánea pueblada» que surgiría en las inmediaciones del cuartel de La Tablada para «frenar el golpe que se estaba gestando». Pero los hechos demostraron todo lo contrario: «Gracias al MTP la Argentina se convirtió en otro país, donde la gente de la calle pide a gritos que maten a un detenido y la policía lo defiende»<sup>10</sup>.

En el V Congreso del PL –octubre de 1990–, el PL m-1 ya se expresa abiertamente en favor de «formas superiores de lucha», donde el aspecto militar se impone al político y subraya la importancia de las masas marginadas que se expresan a través de la agitación de grupos inorgánicos y autoconvocados. La lucha comienza sin una cabeza visible y será débil en su inicio, pero tomará cuerpo en la medida en que se prolongue para desembocar en una insurrección de masas de carácter urbano. La reivindicación de las acciones inorgánicas es una constante, por cuanto se aspira a captar la marginalidad y es este fenómeno, de corte netamente anárquico, el que esconde el nuevo potencial revolucionario, hasta ahora «desaprovechado».

Desde los acontecimientos en Santiago del Estero (diciembre de 1993), cuando edificios públicos, locales partidarios y residencias de políticos son atacados por manifestantes aparentemente espontáneos, se vislumbra un proceso de intensificación y radicalización de los conflictos sociales, las demostraciones callejeras y las medidas de fuerza, especialmente en las provincias. Pero esto no implica necesariamente la presencia de infiltrados ni «rebotes guerrilleros», como declaró el Gobierno en repetidas oportunidades, tal vez hipersensibilizado por los sucesos de Chiapas. Lo que sí demuestra es que el actual modelo de ajuste tiene un alto precio de exclusión social. También se vislumbra un empobrecimiento masivo de sectores que hasta hoy no habían sido afectados por el modelo, acompañado de una incredulidad generalizada en la clase política y los partidos. Las identificaciones partidarias se desvanecen al mismo ritmo que crece la convicción de que el modelo se agota, sin siquiera poder articularse –por medio de la protesta social– una fuerza capaz de modificar la actual incertidumbre.

---

<sup>9</sup> R. Graña y J. Spina: ob.cit.

De esta forma, ni desde las instituciones ni desde la clase política derivan propuestas de justicia social; incluso los «quiebres éticos» al decir de Zaffaroni<sup>11</sup>, como el desenlace del levantamiento Semana Santa y el notorio desplazamiento de Menem desde un populismo tradicional hacia la derecha más descarnada, confirman que los cambios no se producirán sin una previa unificación de los conflictos. Pero esta percepción se enfrenta a una encrucijada: no hay viabilidad para la protesta generalizada y, si la hubiera, la reelección de Menem la cuestionaría. Es por eso que el nivel de conflictividad debe considerarse desde una perspectiva diferente a partir de que el Gobierno se muestra incapaz de sostener las medidas impuestas, esto es, inflación controlada y estabilidad pero recesión desmesurada y marca histórica en el nivel de desempleo.

### Los nuevos grupos radicalizados

El Movimiento Popular de Unidad-Quebracho está compuesto por exmilitantes del Partido Intransigente, PC, MAS, otras agrupaciones de izquierda y peronistas disidentes. El grupo surge en La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, en 1992, aunque recién a fines del año siguiente realizan su primera aparición, en la marcha convocada por el Congreso de los Trabajadores Argentinos el 3 de diciembre. Se nutre fundamentalmente de sectores juveniles de entre 20 y 30 años y se define como opuesto al sistema de partidos, calificado como «partidocracia». Para las elecciones de 1995 Quebracho llamó a votar en blanco. El diagnóstico es que las elecciones no resuelven los problemas cotidianos y que deben articularse los «movimientos de masas».

Autodefinidos como «patriotas y revolucionarios», un rasgo significativo destaca a sus militantes de otros grupos: la reivindicación de la lucha guerrillera de los años 70. Así, aunque no quieren ser rotulados como de izquierda porque «siempre estuvo enfrentada al pueblo, salvo honrosas excepciones como fue el caso del ERP y de Montoneros», no adhieren al asalto del cuartel de La Tablada porque el MTP tomó las armas en defensa de la democracia burguesa, lo que aparta a este hecho en una gesta revolucionaria<sup>12</sup>. En cuanto a la violencia, la justifican culpando al Gobierno de promoverla; sostienen que tomarían las armas «si el pueblo lo juzgara necesario». También vuelven a cargar las culpas contra el Gobierno cuando los rotula de agitadores y los utiliza como «cortina de humo» para esconder el verdadero generador de violencia: el plan de ajuste. Quebracho busca afirmar su presencia en, al menos, tres sectores: barrial, estudiantil y sindical<sup>13</sup>; pero es en el frente estudiantil donde cobró mayor notoriedad.

Los grupos radicalizados hoy no crean, por sí solos, tensión social y carecen también de predicamento efectivo. Pero, como se mencionó más arriba, el quiebre ético de la política se confunde con un Estado excluyente y con la crisis

<sup>11</sup> A. Zaffaroni: «Los actuales movimientos de protesta social» en *Unidos* N° 22, 1990, pp. 182-192.

<sup>12</sup> G. Pasquini: «La generación Q» en *Página/12*, 15/6/95, p.6.

<sup>13</sup> A. Florit y A. Vega: «Identifican nuevas estrategias de violencia» en *La Nación*, 5/7/95, pp. 1-

de mediación de los partidos. Estos aspectos, sumados a una baja ocupacional sin precedentes, pocas alternativas de cambio e incredulidad generalizada en la clase dirigente, generan una conflictiva situación que le otorga sustento, aunque aún ambiguo, al extremismo.

Las condiciones para que se produzcan estallidos deben buscarse en la situación política. Cuando el poder tiene consenso para apelar a la represión, los grupos buscan manifestar sin confrontar y evitando desbordes; pero cuando el Gobierno debe pagar un alto costo, mostrando debilidad o falta de consenso, el enfrentamiento puede ser viable. Esto implica dos cosas: por un lado se trata de medir fuerzas entre las autoridades y el movimiento de protesta; y por el otro se refiere a una demostración de la razonabilidad de las medidas que ambos lados tomen. En definitiva, lo que se busca es proyectar una imagen de la justicia del reclamo y la conflictividad que la situación genera o la necesidad de mantener el orden por sobre todas las cosas.

### Un nuevo impulso

Según lo descripto, los conflictos producidos y la coyuntura política impulsaron la prédica extremista hacia los marginados como nuevo sujeto social. Si en la década del 70 la clase obrera estaba llamada a ser el actor del cambio en las estructuras sociales, la tarea hoy es organizar la marginalidad. Sin embargo hay un divorcio entre el reclamo social y los objetivos de los grupos más combativos. En las movilizaciones de los sectores castigados por el ajuste no se persigue la caída del Gobierno y, menos aún, del sistema. Se busca más bien una reivindicación puntual, sectorial y, dadas las actuales circunstancias, inmediateista.

Sin embargo, no es la marginal la clase más castigada por el ajuste, tal vez porque sus miembros nunca han dejado de serlo, sino un nuevo sector en franco empobrecimiento y con una irreversible tendencia hacia la marginación. Aquellos no sienten amenazado su presente pues no tienen nada que perder, pero éstos, quienes quieren retener lo poco que les queda, buscan aferrarse a lo mínimo que se les ofrece: la estabilidad; y esto los transforma en una capa permeable al clientelismo político, especialmente en los cordones industriales más populosos y en las provincias del interior del país. Así, las manifestaciones de protesta no deben ser evaluadas en una misma esfera con los sacudones de violencia, pero la realidad demuestra que «los grupos más radicalizados arrastraron por momentos, en la dinámica callejera, a sectores de los gremios estatales y a muchos jóvenes universitarios, secundarios ... y adolescentes de condición extremadamente humilde, pertenecientes al estrato social que los sociólogos tipifican como 'pobres estructurales'»<sup>14</sup>.

Córdoba fue el lugar y el momento más acabado de agitación de los marginados por parte de grupos combativos de izquierda. Pero la quema de la sede de la Unión Cívica Radical mostró también pintadas y consignas anarquistas. Este hecho muestra hasta qué punto conviven distintas ideologías dentro de los grupos combativos. Muchos de ellos, sin una trayectoria común, participan juntos en el ámbito de la lucha callejera. Lo que aquí se propone



como reflexión es lo siguiente: el punto más álgido de «enfrentamiento con el sistema» es también la instancia más alta de cooperación entre las distintas agrupaciones, a las que se les atribuye –no sin razón–, una interminable historia de enfrentamientos y divisiones intestinas. En definitiva, si la «vuelta de la subversión» unificó a los distintos sectores castrenses en pugna; el rechazo al ajuste insta a superar antinomias entre las agrupaciones de extrema izquierda.

Al estar excluidos, o autoexcluidos, del espacio formal de protesta, estos grupos descubren una «dinámica callejera» de piedras que, salvo el MTP, la Brigada y algún intento aislado de arrebato de las armas de algún integrante de las fuerzas de seguridad, no implican, necesariamente, una «dinámica de las balas». Un plan subversivo se refiere a una estrategia integral y mayor, que no necesariamente comienza con la acción de grupos inorgánicos y rostros cubiertos. En todo caso, esto se parece más al efecto propagandístico de un grupo de exaltados descontentos ávidos de difusión, sin un programa coherente y menos aún de un proyecto abarcativo, que una amenaza latente a la democracia.

Según lo expuesto, no solamente las acciones armadas o la *dinámica de las piedras* unifican a la extrema izquierda (haciendo una clara referencia a las rencillas internas de los grupúsculos), sino que el ámbito político también ha generado un espacio de unificación, producto del terrorismo de Estado de la década pasada. En este sentido, las Madres de Plaza de Mayo actúa como factor aglutinante en la Argentina actual y no escapa como tema, y hasta casi como centro de expresión, en los programas que sustentan las organizaciones combativas.

Es un error plantear como sinónimos a extremismo y ultraizquierda. El extremismo de izquierda se refiere a aquellos grupos que sostienen una posición radical acerca de la implantación del socialismo, y utilizan todos los medios a su alcance para concretar tal fin. Por otro lado, y también desconociendo las reglas que el momento actual les impone, el extremismo de derecha aspira a reconstruir un orden anterior, orden al que consideran como ideal.

Otro medio de acción y propaganda es la opción, a menudo forzada, por la clandestinidad. Sin embargo se incurre en otro error si se la relaciona en forma automática con la no participación política: la clandestinidad es la actuación e incidencia en la coyuntura política y social pero por otros medios. Si bien es cierto que este paso hacia la ilegalidad implica un alto riesgo –cuando se trata de una decisión obligada–, también seduce tanto a quienes la ejercen como a quienes aspiran a ejercerla; la acción se recubre de un halo de misticismo que genera cierto atractivo en aquellos que se oponen frontalmente al sistema. Con referencia a esto, se puede señalar que en el ámbito de los pequeños grupos *ultra*, haber participado en La Tablada fue prestigioso (como tal vez sucedió entre militares por los levantamientos carapintadas), con toda la carga implícita de arrojo y heroísmo que se le atribuye a una acción de tamaña envergadura.

Hacia fines de 1995, salvo los casos mencionados del MTP y la Brigada, ninguno de los grupos había realizado acciones armadas, aunque algunos medios de comunicación los denunciaron como promotores de actos de violencia lindantes con aquéllas. Así se llega a la afirmación de que se encuentran detrás de disturbios como los ocurridos en La Plata, que culminaron con una violenta represión por parte de la policía bonaerense<sup>15</sup>, o que son comparables con los movimientos guerrilleros de los años 70 y por extensión la sociedad cumple un papel de «idiota útil»<sup>16</sup>, y hasta han afirmado que Quebracho es una suerte de «Montoneros de los 90»<sup>17</sup>.

## El espectro subversivo y el miedo

El 4 de abril de 1996, un comando de la ORP hirió al médico Jorge Bergés. Este médico es conocido como el «Mengele argentino» por su exacerbado sadismo con los prisioneros durante su actuación en la dictadura militar. Inmediatamente todas las agrupaciones políticas argentinas repudiaron el atentado, y hasta Quebracho y el MTP expresaron que «el ataque de la ORP conspira contra la estrategia de potenciar la movilización social que, suponen, crece desde que entró en crisis el Plan de Convertibilidad»<sup>18</sup>.

La ORP, una sigla casi desconocida, pero que continúa la línea inaugurada por la Brigada (desarticulada luego de la operación en la Escuela de Barracas), es la responsable de la voladura de cajeros automáticos y la colocación de algunos artefactos lanzapanfletos. Si esto fuera así, sería la primera vez que se elige un blanco humano como estrategia<sup>19</sup>. Una semana más tarde efectivos policiales detonan una bomba de escasa potencia dejada en los alrededores del Hospital Naval, donde permanecía internado Bergés; en las paredes aparecen leyendas diciendo «Viva la ORP». Surge la pregunta acerca de la impunidad del grupo para hacer esto en una instalación militar. En este sentido, se considera la posibilidad que la ORP está infiltrada por grupos de inteligencia argentinos y que el atentado sea un ajuste de cuentas<sup>20</sup> ejecutado por «mano de obra desocupada» (eufemismo que refiere a agentes de inteligencia que actuaron durante la represión militar y ahora no están encuadrados orgánicamente). La aparición de un miembro del departamento Protección del Orden Constitucional que declaró estar infiltrado en la ORP parece demostrar esto<sup>21</sup>. Deben ser tenidas en cuenta las denuncias realizadas por el diputado Federico Storani (UCR) y recogidas por Horacio Verbitsky, según las cuales la dirección de Quebracho también está infiltrada, grupo al que utilizarían para perjudicar a Franja Morada en las universidades<sup>22</sup>; sin olvidar tampoco las escabrosas relaciones entre el MTP y los servicios de inteligencia militar<sup>23</sup>.

<sup>15</sup> A. Florit: «La cara oculta de los incidentes» en *La Nación*, 21/2/96, pp. 1-12.

<sup>16</sup> T. Saint Germain: «Los que no creen en la democracia» en *La Razón*, 26/4/96, p. 28.

<sup>17</sup> «Grupo Quebracho ¿los Montoneros de los 90?» en *El Expreso*, 28/2/96, pp. 8-9.

<sup>18</sup> «La izquierda en apuros» en *Página/12*, 7/4/96, p. 5.

<sup>19</sup> «La historia empezó con los cajeros» en *Página/12*, 6/4/96, p. 5; «Una historia corta, violenta y enigmática» en *Clarín*, 6/4/96, p. 14.

<sup>20</sup> J. Grecco: «La teoría del 'ajuste de cuentas'» en *Clarín*, 12/4/96, p. 4.

<sup>21</sup> G. González y E. Zunino: «Todo servicio» en *Noticias*, 13/4/96, pp. 106-112.

<sup>22</sup> H. Verbitsky: «Teatro de guerra» en *Página/12*, 25/2/96, pp. 10-11. Quebracho negará cuatro

La ORP reivindicó el atentado a Bergés y la bomba en el Hospital Naval, *no así las pintadas*. Y resulta lógico puesto que no utiliza una jerga ultraizquierdista ni reivindica el accionar del pueblo sino que individualiza a la víctima y utiliza, paradójicamente, un vocabulario tristemente célebre de la dictadura: «Bergés: algo habrás hecho».

Nacida el 24 de marzo de 1992, y con un accionar intermitente, cobra notoriedad cuatro años después cuando amenazan con el comienzo de una escalada de violencia –que culminaría el 24 de marzo de 1997– de la cual el médico resultó ser la primera víctima. En este sentido, su estilo es distinto al del MTP, que supuso una acción en algún momento derivada de una pueblada; la ORP actúa de acuerdo a los principios generales del autoaislamiento terrorista<sup>24</sup>, es una organización clandestina, sin búsqueda de participación e inserción en movimientos populares, ni llamados a la insurrección generalizada; por ahora, su *modus operandi* es el ajusticiamiento. Como ha sido señalado por un miembro de la organización: «Hemos procedido a dar cumplimiento a la sentencia de ejecución por fusilamiento dictada oportunamente, en concordancia con los principios generales de justicia»<sup>25</sup>. Nótese que en ningún momento se habla de «tribunales populares», ni «mandatos del pueblo», etc., sólo de «justicia revolucionaria». «Estas acciones» señala la ORP, «se inscriben en nuestra lucha total contra la impunidad de los torturadores y genocidas que viven libremente llevando sobre su conciencia el asesinato de miles de compatriotas indefensos»<sup>26</sup>. Uno de los responsables del ataque contra Bergés señaló: «Al final cayó, lo creí muerto; no lo rematé porque somos dirigentes políticos, no nos ensañamos con los cadáveres»<sup>27</sup>.

La ORP justifica su actividad por la impunidad que gozan los miembros de la pasada dictadura. Quienes fueron juzgados pero progresivamente se beneficiaron con las leyes de Punto Final (que significó el fin de las presentaciones de las causas por violaciones a los derechos humanos) y de Obediencia Debida (en las cuales los crímenes cometidos por oficiales subalternos eran considerados no como delitos sino como el acatamiento a ordenes superiores); ambas bajo el mandato de Alfonsín. El gobierno de Menem, lejos de desandar el camino iniciado por aquél, decretó los indultos (1989-1990) dejando en libertad a los ex-comandantes en jefe del Proceso y a varios antiguos jefes montoneros.

## Conclusiones

Con anterioridad a la aparición pública de la ORP, resurgió un viejo y conocido fantasma: el «activismo». Este recurso llegó a su punto culminante en dos

---

pinzas de una misma tenaza» y llamará traidor al periodista desde la revista de la organización. «Veinte años y una traición» en *Quebracho-Prensa Nacional* N° 11, 1996, pp. 11-12.

<sup>23</sup> J.J. Salinas: «Las malas compañías» en *El Porteño* N° 87, 1989, pp. 12-15; y L. Salinas: «Mensaje en una botella», *ibíd*, pp. 18-22.

<sup>24</sup> Para este aspecto, v. J. Lofredo: «Violencia y cultura política» en *Documentos de Cultura* N° 1, 1996, pp. 15-17.

<sup>25</sup> «Esta es sólo la primera condena a muerte» en *La República*, Montevideo, 6/4/96, p. 3.

<sup>26</sup> *Ibid*.

<sup>27</sup>

ocasiones: cuando el presidente Menem hizo referencia a una protesta estudiantil señaló que «si seguimos así, va a ver muchas más Madres de Plaza de Mayo»<sup>28</sup>. La segunda resulta de las palabras del entonces gobernador de Jujuy Guillermo Snopek, que denunció la conformación de un movimiento de «guerrilla urbana»<sup>29</sup> con el fin de desestabilizar a su gobierno. Pero en realidad no hacían más que echar mano a una vieja estrategia que consiste en el reemplazo de la represión instalando el miedo colectivo. Sin embargo no es más que represión, pero por otros medios.

Más aún, desaparecido el espectro de la subversión hace ya dos décadas es un medio para imponer autoritariamente el credo neoliberal. La búsqueda constante del silenciamiento de la oposición lo lleva a trasponer, en nombre de la seguridad colectiva, la frontera que existe entre el legítimo derecho al reclamo y la prevención de presuntos ilícitos. Así se intenta desvirtuar a la divergencia ideológica y travestirla en violencia social. Pero mientras la consigna opositora implica, al menos, una situación a la que oponerse, el «activismo» es producto de una forma de manifestación política que no puede ya expresarse por otros canales y choca con el autismo autoritario del neoliberalismo.

Dado que este modelo se expresa con formas autoritarias, el régimen democrático transpola desde un sistema elástico de respuestas a las necesidades sociales en una mera imposición de políticas, pero que subsume cualquier fin a los designios que le son propios únicamente al gobierno que lo profesa. En este sentido, en el espejo menemista se refleja la imagen de la realidad que él mismo produce, esto es, la desvirtuación de la política en la dictadura de las mayorías electorales. Así el activismo cobra un nuevo significado. Esta realidad que se nutre de la imposición se retroalimenta con una prédica que linda con la ilegalidad. La seducción por la clandestinidad –lo ilegal– no es más que una fase de la permanente expulsión de aquellos quienes sienten lo cotidiano como una totalidad esencialmente injusta; y es la visión de quienes no tienen la posibilidad –ni pueden– obrar políticamente de otra forma: son aquellos que, estrategia mediante, no ven otra alternativa de oposición.

Con el cuestionamiento ideológico al opositor y la magnificación de los pequeños grupos el gobierno intenta, por un lado, tapar las pujas internas del oficialismo y, por el otro, la creación de un enemigo que necesita para justificar la represión. Es por ello que la búsqueda persistente del silenciamiento de la protesta, combinada con la vocación hegemónica del menemismo, descubre su lógica perversa: la crisis se expande por la ineptitud e indiferencia de los responsables que sigue empujando a vastos sectores de la población hacia un irreversible empobrecimiento.

<sup>28</sup> «Son grupos de violencia» en *Página/12*, 17/6/95, p. 6.

<sup>29</sup> Para una reflexión y respuesta a esos dichos, v. J. Lofredo: «Reflexiones sobre Jujuy» en *La*